

VII.

DOLORES, que ninguna idea tenia del drama que se urdía lentamente, y ni aun habia sospechado el amor del ciego, se sentia atraida hácia Rafaelita por ese encanto de la virtud modesta, y la visitaba con frecuencia. Era muy poco observadora, y estaba demasiado ocupada con la imágen de Lorenzo, para advertir los profundos estragos que causaba su presencia.

Nada habia mas terrible que la perpetua excitacion que sufría Manuel con la presencia de aquella mujer; eso era un tormento atroz, sin nombre, de todas horas, de todo momento; un martirio que agitaba y conmovia profundamente su sistema nervioso, y que estaba á punto de desarrollar en él una de esas enfermedades funestas, que la ciencia describe y bautiza friamente, sin investigar las causas que las han producido.

Rafaelita, resignada como una víctima, ocultaba sus lágrimas, por pudor, á su rival, y se sonreía pensando en la muerte.

El domingo 10 de Febrero de 1850, Dolores excitaba con interes á Rafaelita á que sacudiera aquella melancolía

profunda que hacia algunos meses se extendia como un velo fúnebre sobre sus lindas facciones. La tenia abrazada por el talle, y con la mano derecha le alisaba los cabellos.

Rafaelita la dejaba obrar y la miraba con atencion, como para descubrir hasta dónde llegaba la perfidia de sus palabras; mas el acento de la viuda era tan sincero, tan franco, tan natural, que no sabia si rechazarla como á un monstruo de hipocresía, ó pedirla perdon por sus injustas sospechas.

Pero Dolores no la dejaba hablar. Estaba en uno de esos períodos, en que las naturalezas como la suya sienten una fuerza expansiva que las impele á interrumpir á los demas para poder dar curso á las ideas que se amontonan en su cerebro.

—Vamos, la decia riéndose para enseñar su hermosa dentadura; vamos; en este mundo para ser amada se necesita ser coqueta; donde no hay inquietud, bien pronto se extingue el cariño..... Mira, si tu marido está seguro de tu amor, y no imagina que alguno pueda arrebatárselo, bien pronto de la confianza pasará á la costumbre..... y de esta al fastidio no hay mas que un solo paso..... Anda, yo quiero verte linda, muy linda, lo exijo..... aunque tú no quieras, es mi voluntad, y yo soy imperiosa.....

La inocente jóven se rehusaba á desechar su aire de duelo, y Dolores insistia.

En estas circunstancias se abrió la puerta de la sala donde estaban las dos mujeres solas, y entró lentamente Lorenzo con aquel aire enfermizo y lánguido que habia

adquirido desde que se interrumpió la calma y la armonía que reinaba entre las tres almas.

Rafaelita lo recibió con una sonrisa y lo llamó á su lado, porque sabia que aquello era lo único que disipaba las nubes de su frente. Dolores le dirigió, aun ántes que el jóven la percibiese, un saludo con palabras tan armoniosas, que la esposa del ciego volvió rápidamente la vista hácia su amiga.

La entrada de Lorenzo interrumpió la conversacion, y le dió un giro nuevo cuando llegó á reanudarse.

La encantadora viuda dirigió á Lorenzo una de las chanzas tan comunes sobre su palidez y su melancolía, y el jóven se ruborizó y balbuceó algunas palabras sin sentido. Este incidente dió lugar á una de esas discusiones sobre el amor, que se repiten todos los dias; pero en la cual Dolores empleó mucha elocuencia y pasion, como si hubiera pretendido conmover al objeto de sus suspiros.

Verdaderamente estaba hermosa aquella mujer en semejante momento; tenia el pecho agitado, y levantaba el rostro con un ademan tan noble, que era casi imposible resistir á su mirada de águila.

—¡Amor! decia: ¿y es posible existir sin amor? ¿es posible vivir sin luz, ni calor, sin que el corazon palpite, ni la sangre circule.....? No, Lorenzo, no diga vd. que tiene algun afecto á ciertas personas..... eso es difícil; el amor no puede ser sino exclusivo, absoluto y completo. Si yo amara; y envolvía al jóven con la llama de sus miradas; si yo amara, seria con todo mi sér, pero tambien exigiria un amor semejante..... daria mi sangre toda por el escogido de mi corazon; pero querria que él sufriese ó goza-

se lo mismo que yo..... la muerte misma, pero juntos, ha de ser así un éxtasis de placer.....

—Y ¿qué mas podría desear quien obtuviera ese amor? Tronó detras de ella, de improviso, una voz agitada y temblorosa.

Ambas mujeres volvieron la cabeza á un tiempo, y Rafaelita tuvo que detenerse de la silla para no caer á tierra; miéntras que Dolores hacia un gesto de disgusto clavando la vista en Lorenzo, como si maldijera al importuno que venia á interrumpirla en el momento decisivo.

Era Manuel; mejor dicho, su sombra; tan pálido, tan extenuado así estaba con aquel combate de cuatro meses, que hacia huir el sueño de sus párpados, que se renovaba cada hora, cada minuto, calcinando su cerebro, rasgando su corazon, lastimando sus fibras, enloqueciéndolo, enfermándolo, matándolo.....!

—¡Hermano! le dijo Lorenzo tomándole una mano con ternura.

El ciego no sintió aquella caricia, y dió un paso hácia la viuda.

—Dormitaba fatigado, le dijo, pero oí la voz de vd. hasta mi cuarto. Hace tanto tiempo que no respiraba el aire, que no he podido resistir al deseo de salir..... ¿Sabe vd. que aquellas paredes me sofocan.....? ¿Está muy hermosa la tarde, verdad? siento un consuelo infinito..... Cuando el sol calienta de esta manera mi frente, me parece como que rejuvenezco..... ¡Qué dichosos deben ser los que á estas horas, á la luz de la tarde, léjos de aquí, entre las flores, suspiren juntos y calmen su fiebre de amor con dulces caricias... ..

Un silencio profundo sucedió á las palabras del ciego.

Rafaelita lloraba; Dolores miraba con fijeza á Lorenzo, y este por primera vez adivinaba algo de las pasiones que se agitaban en torno suyo.

Manuel se puso la mano sobre su corazon para moderar sus latidos, y comenzó á sentir que habia llegado para él una de esas horas que deciden de la vida entera.

Rafaelita, á quien aquel silencio sofocaba, se levantó y quiso huir. La infeliz se creía loca. Estaba en aquellos momentos en que la violencia del dolor quita el uso de la razon y el imperio de sí mismo. Lorenzo, que vió la profunda alteracion de sus facciones, se levantó tras ella, la tomó por la mano y la llevó á respirar al balcon el aire libre.

Todo fué obra de un momento; la luz de un relámpago hubiera podido alumbrar aquel cambio; verificóse tan rápidamente, que Dolores no pudo tomar parte en él, y se quedó contra toda su voluntad al lado del ciego, quien permanecia de pié.

—Pero la vida retirada que lleva vd. puede perjudicarle, le dijo Dolores por decirle algo, porque nada hay tan molesto como el silencio entre dos personas.

Manuel se estremeció como si por primera vez oyera el acento de la viuda.

—¡Me muero! murmuró. Hace tiempo que me consumo, que siento cosas extrañas.....

Y despues de una pausa, añadió haciendo un esfuerzo:

—¡Qué horrible tormento, Dolores, es amar, amar, amar con todo el corazon, con la sangre, con los pensamientos, y no ser amado.....!

—Pero es que Rafaelita..... balbuceó sorprendida la viuda.

Manuel se retiró convulsivamente, como si aquel nombre fuese un hierro ardiendo, y repitió con esa voz sofocada por los latidos del corazón:

—¡Rafaelita.....! ¡Oh! ¡no! no pronuncie vd. su nombre!

Y se arrancaba los cabellos, lleno de angustia y desesperación.

—¡Manuel, cálmese vd. por Dios.....!

El ciego cayó de rodillas, y exclamó con esa voz que es el último estallido de un corazón que se hace pedazos:

—Mujer, ¿qué encanto hay en tí, que me mata tu presencia.....?

Aquel grito hizo correr á Rafaelita y á Lorenzo; pero cuál fué la sorpresa de ambos al ver á Manuel que permanecía de rodillas, y á Dolores delante de él, que lo miraba con curiosidad.

Hay momentos en que la sorpresa quita la voz, de tal manera que la imaginación hace inútiles esfuerzos para desatar la lengua.

La paciencia de la esposa habia llegado á su colmo. Rafaelita buscaba en su mente la injuria mas amarga que lanzar á aquella mujer hipócrita; y en el entretanto no atinaba á socorrer al ciego, que al sentirla venir cayó de espaldas convulso:

Al fin halló lo que buscaba, y se adelantaba hácia Dolores para tomarla del brazo, cuando la detuvo una voz melosa detras de sí:

—¡Pero Manuel se muere!

Era D. Diego.

Rafaelita lo miró y retrocedió aterrada, olvidando su venganza, al apercibir la siniestra alegría que iluminaba las facciones de aquel hombre.....

Manuel habia caido herido por un ataque de epilepsía, súbito, violento como un rayo.

Era indispensable: el choque de aquellos dos amores en su corazón se habia prolongado por todos sus nervios lastimándolos. La excesiva tensión habia concluido al fin por reventar las cuerdas; y el jóven músico, á falta de poder desahogar sus penas, sucumbió á su enorme peso.

La noche fué agitada para Manuel: dos veces se repitieron las horribles convulsiones, y los médicos creyeron que si sobrevenia una tercera, moriria sofocado el ciego.

Rafaelita y Manuel no se despegaron un momento de su lado.

La jóven en la hora del dolor olvidó todas sus penas y solo pensó en el que sufría: su corazón era todo de amor y de abnegación. Hasta hubo momentos en que se creyó ella la culpable, y entónces á fuerza de atenciones, de cuidados y de delicadeza, queria hacerse perdonar su arrebato. Hay sentimientos que solo las almas muy nobles pueden apreciar.

Durante tres dias la vida del músico estuvo en inminente riesgo. En este tiempo, Rafaelita no permitió á nadie que entrara á verlo; y con esa resistencia, con esa fuerza, con esa infatigable paciencia que solo las mujeres de su clase saben sacar de la conciencia de su deber y su